

LOS VALORES: ¿SE MODERNIZAN O PERMANECEN INMUTABLES?

José Joaquín Brunner (*)

Los valores humanos difieren entre las civilizaciones y cambian con la evolución de las sociedades. Dependen de la trayectoria cultural de los pueblos, de las bases éticas y religiosas de cada comunidad, de sus instituciones y costumbres, de la organización del trabajo y los medios de comunicación, de las maneras de conocer y las formas de vivir.¹

I

Hace mil años, por ejemplo, Europa era la base de una civilización a cuyo centro estaban la caballería pesada; el vasallaje; el feudo a cargo de un señor; las inmunidades otorgadas por la autoridad central en favor de individuos, instituciones y corporaciones; el castillo-fortaleza y un código de honor propio de los caballeros que incluía valores morales tales como honestidad, lealtad, modestia, galantería y fortaleza los cuales, combinados con el cristianismo, forman los pilares de la mentalidad

(*) Sociólogo. Ex- Ministro Secretario General de Gobierno.

Clase magistral leída en la Ceremonia de Inauguración del Año Académico de la Universidad de Talca, acto realizado el 2 de abril de 1998.

¹ Un libro reciente sobre cómo difieren, e incluso entran en conflicto, los valores de las diferentes civilizaciones es Huntington, Samuel, **The clash of civilizations and the remaking of the world order**, Simon & Schuster, New York, 1996.

medieval.² ¿Cómo no aceptar que ese mundo se ha desvanecido absolutamente y, con él, los valores que lo fundaban?

Pero miremos más de cerca esos cambios dentro de una misma civilización, la del Occidente cristiano. ¿Cómo era la existencia en esos tiempos, alrededor del año mil?

La mayor parte de la gente de Europa apenas subsistía en medio de una gran miseria, con excepción de una pequeña minoría. Según ha dicho un historiador, "el pueblo vivía temiendo, continuamente, el mañana. [...] Por cada grano que se sembraba se contentaban con cosechar dos y medio. El rendimiento de la tierra era ridículamente débil. Resultaba sumamente difícil conseguir pan. Conviene imaginar a esos hombres y esas mujeres vestidos en gran parte con pieles de animales y no mejor alimentados que en el neolítico".³

Sin embargo, el mismo autor sugiere que esa miseria, que hoy llamaríamos extrema, no era en verdad auténtica miseria, "porque las relaciones de solidaridad y de fraternidad hacían posible que se redistribuyera la escasa riqueza. No existía la espantosa soledad del miserable que vemos en nuestros días".⁴

Lo que sugiere, por tanto, es que los valores vigentes en esa sociedad eran distintos de los que rigen en nuestro mundo altamente urbanizado, individualista y competitivo. Era una sociedad solidaria, donde las personas, aún siendo muy pobres, se hallaban fuertemente ancladas a grupos, como la familia y la aldea. Existía miedo a la penuria mas no a la exclusión. "Era una sociedad gregaria; los hombres vivían en manadas [...], estaban siempre cerca: dormían varios en un mismo lecho; al interior de las casas no había paredes verdaderas, sólo colgaduras. Nunca salían solos; se desconfiaba de quien lo hacía: eran locos o criminales. Resultaba duro vivir así; pero también concedía seguridad".⁵ Hoy por el contrario, como veremos más adelante, nuestra existencia se halla rodeada de bienes e instrumentos para acrecentar nuestra comodidad; pero nos sentimos más inseguros que nunca antes.

Adicionalmente, habían otros mecanismos que garantizaban la solidaridad y la seguridad entre nuestros lejanos antepasados. La comunidad era fuerte y decisiva para sus miembros. Existía una moral de pequeño grupo que era compartida hasta en los detalles. La familia se hacía cargo de los ancianos. Las guerras eran feroces pero menos destructoras que en la actualidad. Existía el bandidaje en los campos y ciudades, mas la sociedad se hallaba menos convulsionada que la nuestra. Sin duda, la muerte era aterradora pero el miedo a ella era apaciguado por la certeza de una

² Davies, Norman, *Europe, a history*, Oxford University Press, 1996, pp. 311-315.

³ Duby, Georges, *Año Mil, Año 2000. La huella de nuestros miedos*, Editorial Andrés Bello, 1995, p. 26.

⁴ *Op. cit.*, pp. 26-27.

⁵ *Ibíd.*, pp. 28-29.

vida más allá. Habían creencias sólidas e imágenes "obsesionantes y abrumadoras" - como las ha llamado alguien - del infierno y las fuerzas demoníacas, que ponían freno a la libertad. Se creía que la Tierra era el centro el universo y que el movimiento de los astros atestiguaba el plan divino.

En suma, una peculiar constelación de valores y conocimientos se combinaban entonces para fundar una concepción del mundo y orientar el comportamiento práctico de las personas. Después, la historia se encargaría de transformarlos completamente.

Ocurre con cierta frecuencia que el sentido común se refiera con nostalgia - incluso se encargue de embellecer - los valores de épocas remotas, tanto como a veces se fascina, o rechaza ciegamente, los valores de civilizaciones distintas de la propia. Es lo que se expresa cuando decimos "todo tiempo pasado fue mejor" o "las culturas de Oriente son más sabias que la nuestra" o, en el polo opuesto, "nada bueno puede venir del Islam". Imaginar que hace mil años hubo una sociedad más feliz forma parte de ese sentimiento de nostalgia y fascinación, cuya máxima expresión es el encantamiento romántico con los pueblos primitivos.

Sería incorrecto, sin embargo, imaginar la temprana Edad Media europea como un ideal. Ya hemos dicho que en ella imperaba una pobreza intolerable. De tiempo en tiempo se producían grandes hambrunas y pestes que asolaban a los países. La comunidad ahogaba a la persona en sus estrechos márgenes y las creencias solían mantenerse mediante el uso de la violencia. Los herejes eran perseguidos a muerte; los leprosos apartados del grupo y las mujeres de criterio independiente solían ser quemadas como brujas.

Todo eso, entonces, habla de una cultura cuyos valores, para bien y para mal, se hallan muy distantes de los nuestros. En mil años se han desintegrado o transformado hasta el punto de que un habitante de esa época hoy apenas podría reconocerlos.

II

Si algo caracteriza a la modernidad es que con ella el cambio de los valores se ha acelerado de manera inusitada. Incluso, uno puede imaginar al capitalismo moderno - con su combinación de técnicas y mercados, de apetitos y conocimientos - como una gran máquina destructivo-creativa de valores. Así, por lo demás, lo han representado sus más grandes analistas, desde Marx y Weber, pasando por Durkheim, Freud y Schumpeter, hasta los pensadores contemporáneos como Foucault, Dahrendorf o Giddens.

Todos ellos, de una manera u otra, se hicieron en algún momento la siguiente pregunta: ¿De dónde le viene a la modernidad esa fuerza a la vez desintegradora e innovativa, que la convierte en una fuente permanente de renovación de los valores? Cada uno tiene su propia explicación; todas sirven cuando nos interrogamos

sobre esa naturaleza devoradora de la modernidad capitalista.

Marx, por ejemplo, atribuía al mercado y a la mercantilización de todas las relaciones humanas, incluidas las más íntimas, el origen de la degradación de los valores tradicionales y la emergencia de nuevos valores que, según decía, se esfumaban antes de alcanzar solidez, triturados por el mercado.

Otro padre fundador de la sociología, Max Weber, sostenía por su parte que el capitalismo moderno, aun habiendo tenido por fundamento una ética religiosamente orientada, sin embargo a lo largo de su desarrollo producía una creciente secularización de los valores y un desencantamiento del mundo, que a la postre podía conducir al nihilismo.

Durkheim, a su turno, propuso una explicación distinta; que las estructuras sociales propias del capitalismo muchas veces no permitían a los individuos alcanzar los objetivos y metas culturales de la sociedad, generándose así una brecha o quiebre que él llamó "anomia"; una situación donde las normas no prevalecen y el orden social se triza y amenaza quebrarse.

Para Freud el malestar en la cultura se debía al hecho de que los valores y el derecho apenas eran suficientes para mantener bajo control los poderosos instintos agresivos del hombre, los cuales, según su pesimista pronóstico, siempre volvían a irrumpir en el terreno de la familia, la empresa y la comunicación humana. "La verdad oculta tras todo esto", escribió en un famoso pasaje, "es la de que el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor"; el prójimo representa para él, también, "un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirlo, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo".⁶

Por último, entre los clásicos, Schumpeter - un economista con talento de historiador y sociólogo - concibió al capitalismo como un método de transformación racional de la sociedad que no se detiene ante nada, que no puede permanecer estacionario y que arrastra tras de sí cambios en el orden social, las instituciones y los valores. Como dijo él mismo: "el capitalismo crea una configuración mental crítica que, después de haber destruido la autoridad moral de múltiples instituciones no capitalistas, al final se vuelve contra las suyas propias".⁷

También los pensadores contemporáneos que he mencionado tienen visiones convergentes con las anteriores y coinciden en resaltar el carácter destructivo-transformador de la modernidad respecto de los estratos valóricos de la cultura.

Foucault, seguramente uno de los más radicales pensadores del siglo XX, no cree siquiera que los valores tengan alguna importancia más allá de formar parte de

⁶ Freud, Sigmund, "El malestar en la cultura" en **Obras completas**, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, tomo VIII, 1974, p. 3046.

⁷ Schumpeter, Joseph, **Capitalismo, Socialismo y Democracia (1942)**, Aguilar, México, 1963, p. 194.

un sistema de poder que mantiene las disciplinas necesarias para el funcionamiento de la sociedad capitalista. Según dejó escrito: "la verdad no es la recompensa de los espíritus libres... ni el privilegio de aquellos que han logrado liberarse. La verdad es cosa de este mundo: se produce sólo en virtud de múltiples formas de restricción. E induce efectos constantes de poder".⁸

Por su lado, Dahrendorf, un lúcido exponente del pensamiento liberal contemporáneo, sitúa sus propias preocupaciones más cerca de Durkheim que de cualquier otro. En una conferencia titulada "*El camino hacia Anomia*" postula que en vez del ideal moderno de una sociedad de ciudadanos autónomos lo que hemos estado creando es una sociedad de seres humanos atemorizados o agresivos. La ley y el orden se habrían erosionado hasta las raíces. En la actualidad, dice: "Anomia es [...] una situación en la que tanto la efectividad social de las normas cuanto su moralidad cultural tienden a cero".⁹ Por eso, concluye, imperan el desorden, la violencia delictiva e, incluso, en algunas ciudades, hay zonas enteras que escapan al control de la policía.

También mencioné a Giddens, actualmente el más leído e influyente sociólogo británico. Su propuesta es que la modernidad de fines del siglo XX tiene dos caras. Una, muestra que las sociedades desarrolladas son capaces de generar más oportunidades que ninguna que haya existido hasta ahora; la otra, la cara sombría, exhibe los aspectos destructivos del capitalismo: la erosión de las tradiciones, el peligro nuclear, la devastación del medio ambiente, la falta de seguridad y el exceso de riesgos manufacturados por la propia sociedad.¹⁰

¿Qué podemos aprender entonces, de este brevísimo recorrido por algunos de los hitos de la literatura sobre el capitalismo y la modernidad?

Pocas pero importantes cosas, creo yo. Primero, que los valores existen en la historia y desaparecen, se transforman o renuevan con el cambio de las civilizaciones y las sociedades. Un cosa es ser mujer en el siglo XI; otra muy distinta serlo en el umbral del siglo XXI. La solidaridad en una sociedad feudal es algo muy diferente de la solidaridad que encontramos en una sociedad de mercado. En seguida, hemos aprendido que el cambio cultural se ha vuelto más pronunciado que nunca antes con el advenimiento del capitalismo, fenómeno para el cual los sociólogos ofrecen una serie de explicaciones complementarias. Por último, sabemos ahora que la modernidad se ha vuelto ambigua con el paso del tiempo, al ponerse al descubierto su doble naturaleza. Por un lado, ella aparece como una empresa que libera las energías humanas al multiplicar las posibilidades de ser, hacer y conocer; por el otro, ella crea un medio ambiente social que "amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo

⁸ Foucault, Michel, *Power/Knowledge*, Pantheon, New York, 1980, p. 131.

⁹ Dahrendorf, Ralf, *Ley y Orden*, Editorial Civitas, Madrid, 1994, p. 42.

¹⁰ Ver Giddens, Anthony, *The consequences of modernity*, Stanford University Press, 1990.

lo que sabemos, todo lo que somos.[...] Es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia".¹¹

III

Entre tanto, ¿qué decir de Chile, de su ubicación o desubicación respecto a la modernidad? ¿Será cierto, como suponen o proclaman algunos, que a esta "fértil provincia señalada" no llegan las marejadas de la historia y podemos por eso vivir aislados de esa terrible ambigüedad de todo lo moderno? ¿Acaso no hay entre nosotros quienes declaran que ni siquiera nos hemos acercado a las puertas de la modernidad, retrasados como estamos todavía por la pobreza, por las imperfecciones de nuestra democracia, por el atraso tecnológico de muchas de nuestras pequeñas y medianas empresas y por el conservadurismo cultural de una parte de nuestra clase ilustrada? ¿No han leído ustedes, igual que yo, decenas de artículos donde se postula que lo que tenemos es, en el mejor de los casos, una modernidad mentirosa; algo así como una caricatura de ella, una modernidad contrahecha o simplemente un remedo que no merece nombrarse así?

Es curioso, sin embargo. Porque tras ese debate - sobre si somos o no modernos o si compartimos o no con las demás sociedades en desarrollo los problemas y las paradojas propios de la modernidad - los argumentos que se esgrimen a un lado y el otro apuntan todos, inconfundiblemente, a reconocer que estamos metidos medio a medio en los desgarros de la modernidad. Igual como nos ha ocurrido otras veces en nuestra historia, nos cuesta reconocer la sociedad que somos y preferimos discutir sobre las imágenes de la sociedad que guardamos dentro de la cabeza.

Como vimos antes, la modernidad se distingue de otras épocas no tanto por unos indicadores objetivos de desarrollo económico o social sino por una constelación de problemas que agita la cultura y los valores de la sociedad. **El planteamiento que quisiera hacer aquí es que el Chile actual vive culturalmente sumido en los problemas propios de la modernidad tardía, con independencia del grado de modernización de sus estructuras económicas y sociales.**

Para comenzar, permítanme citar un estudio recientemente publicado por un colega sociólogo, Guillermo Campero, que resume bien el núcleo de los problemas que enfrenta nuestra sociedad. Dice así: "En una sociedad en que todavía buena parte de ella le teme a la competencia, a la que aterroriza ser medida en su productividad, que no sabe bien cómo hacerse cargo de la previsión personal de los infortunios, que piensa que flexibilidad laboral es sólo inseguridad; en tal sociedad

¹¹ Berman, Marshall, *Todo lo que es sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, 1995, p. 1.

la demanda a la democracia es que la proteja ante los riesgos que existen, o que cree que existen o podrían existir. Que la proteja frente a la velocidad de los cambios que produce asincronías entre las exigencias de los mismos y la capacidad de adaptarse a ellos y asumirlos. Que la proteja frente a poderes económicos que le parecen - lo sean o no - cada vez más fuertes, y ante los cuales se percibe subjetivamente débil".¹²

Nada de esto es muy distinto a lo que escuchábamos antes, cuando glosamos a los autores clásicos y contemporáneos que han investigado y reflexionan sobre la modernidad. Sí, la gente se siente insegura frente al cambio; desprotegida ante poderes que no controla; atemorizada de perder lo que tenía en favor de un futuro que es incierto y amenazador. Claro que sí; la gente desconfía de lo desconocido, sabe que la competencia es implacable y que todo a su alrededor está perdiendo estabilidad, certeza. Por cierto que le incomoda y rechaza ser medida sólo por su productividad y tener esa terrible sensación de que nada en la vida es fijo ni para siempre; ni el puesto de trabajo, ni las relaciones matrimoniales, ni la lealtad de los amigos, ni siquiera la telenovela preferida.

Todo eso es evidente y forma parte de la ambigua experiencia de la modernidad; de esa paradójica unión de lo que está desunido. Por un lado, las expectativas de la gente que aumentan día a día. Expectativas de ganar más, de tener una vida más digna y protegida, de viajar y descansar, de asegurarse su futuro mediante un título universitario, de ver crecer a sus hijos en un medio seguro y de recibir una atención oportuna cuando sufre una enfermedad. Por otro lado, las frustraciones que también aumentan día a día. Frustración de que los ingresos familiares no crecen con la velocidad esperada y hay, por tanto, que endeudarse. Frustración porque frecuentemente el trato de los demás - sobre todo si tienen algún poder - es arbitrario e injusto y no hay a quién recurrir para reclamar los propios derechos como usuario, como mujer, como menor de edad, como consumidor o como simple transeúnte frente a la agresión de los conductores. Frustración de estar expuesto a tantos lugares bellos e interesantes en las revistas y la televisión y, sin embargo, no tener ni el tiempo ni el dinero para visitarlos. Frustración de recibir un título profesional que obtendrán otros miles con los cuales habrá que competir por una ocupación. Frustración y miedo de los padres al ver que sus hijos crecen en un medio cada vez más hostil, amenazante y duro. Frustración, resentimiento, incluso, contra el Estado y la sociedad al ver que una persona muere por falta de atención oportuna o porque no hubo quien pudiera dejar un cheque en garantía.

Esas disyunciones, esas tensiones entre deseos y oportunidades por un lado, y posibilidades reales de materializarlos por el otro son algo típicamente moderno. Pues sólo con la modernidad se libera el imaginario de la sociedad respecto a lo que está a su alcance y a lo que tiene derecho y, simultáneamente, desaparecen las res-

¹² Campero, Guillermo, "Más allá del individualismo: la buena sociedad" en **Construyendo opciones**, R. Cortázar y J. Vial (eds.), Cieplan/Dolmen Ediciones, Santiago, 1997, pp. 414-415.

tricciones que imponía el antiguo orden social. En efecto, en una sociedad tradicional - y en el caso de Chile no necesitamos ir mil años atrás para encontrarla; basta con retroceder menos de un siglo -; en un orden tradicional, digo, las posiciones que ocupan las personas son fijas, son heredadas y cada una demarca un estrecho horizonte de posibilidades. En ese mundo la gente tiene poca información, la educación es un bien lujoso que sólo toca a unos pocos, la comunicación es lenta, la innovación prácticamente inexistente y las tradiciones y costumbres forman como una armadura en torno al cuerpo y la mente, de la cual no es fácil escapar.

Por el contrario, la modernidad nos pone en contacto al instante con la globalidad del mundo, con diversas culturas y con una infinidad de posibilidades que aparecen cada día ante nuestros ojos. El horizonte parece ampliarse continuamente. La gente participa en un flujo ininterrumpido de información, los niveles educacionales aumentan cada año, las novedades circulan con inusitada rapidez. En esas circunstancias, todo se vuelve asequible a la imaginación del ciudadano; el habitante de la ciudad. El mercado tiene esa virtud: representa el mundo como una posibilidad, que la publicidad luego se encarga de conectar con nuestras más íntimas fantasías. El otro día leía por ahí que los chilenos nos hallamos expuestos a más de cincuenta mil mensajes publicitarios cada día, según señaló el gerente de *marketing* de una empresa transnacional. También eso es inherente a la modernidad capitalista, como lo son las grandes tiendas, los *malls*, las horas que pasamos frente a la pantalla del televisor, las tarjetas de crédito, las calles llenas de vehículos y la aceleración que adquiere, querámoslo o no, la vida en general.

IV

¿Dónde quedan y qué pasa, entonces, con nuestros valores, con las cosas que amamos y con el sentido de todo aquello por lo cual vale la pena vivir o, incluso, morir? ¿Permanecen, mudan o desaparecen en medio de nuestras ciudades ruidosas y contaminadas, de los intercambios de mercado y de esas imágenes que pasan fugazmente por el televisor?

Nunca deja de haber valores, claro está - entre otras razones porque no hay ningún grupo humano que pueda existir sin ellos; pero ¡qué duda cabe!, junto con los cambios que experimenta nuestra sociedad también sus valores se han puesto en movimiento. Comienza así a transformarse el panorama ético del Chile actual. **Los ambiguos sentimientos de la modernidad; los temores que ésta genera y la diferenciación de las percepciones y actitudes que ella introduce** son los tres rasgos más sobresalientes de esa transformación. Es lo que muestran los datos proporcionados por un reciente estudio de opinión realizado para la FLACSO, cuyos resultados aún no han sido publicados.¹³ Veamos pues.

¹³ Cruz & Souza Consultores, **Representaciones de la sociedad chilena**, 1997. (En proceso de publicación).

En primer lugar, hay esos sentimientos típicamente ambiguos producidos por el ensanchamiento de las expectativas y el temor a que éstas se frustren por falta de oportunidades. Por ejemplo, un 75% de las personas cree que en el futuro sus hijos estarán mejor, pero una proporción similar - aunque algo menor, un 67% - siente que la brecha entre ricos y pobres estaría agrandándose de manera que dentro de veinte años existirían más pobres que ahora. Un 70% está muy de acuerdo o de acuerdo con la idea de que las personas dotadas de espíritu emprendedor tienen ahora mayores posibilidades para hacer dinero, pero una proporción mayor - un 84% - estima que los salarios son cada vez más bajos. En suma, la gente espera mucho del futuro pero a la vez se siente insegura de alcanzarlo. Valora el progreso de la sociedad pero teme quedar rezagada o ser excluida de los beneficios. Incluso, su subjetividad se halla en contradicción con los datos de la realidad. Cree que los salarios están disminuyendo, cuando en verdad han venido aumentando consistentemente desde hace varios años. Teme que en el futuro pudiera haber más pobres, cuando los números indican precisamente lo contrario; que los pobres han venido reduciéndose de manera significativa durante la última década. Sentimientos ambiguos, entonces, a la vez de optimismo y desconfianza respecto del futuro, junto con un rechazo nacido del corazón a las frías cifras provenientes de una "aritmética social" que sólo le habla a la mente.

En segundo lugar están presentes los temores psicológico-culturales que inevitablemente vienen con el despliegue de la modernidad. Así, por ejemplo, dos o más de cada tres chilenas y chilenos creen que en los próximos años aumentará la contaminación ambiental, la libertad sexual, el uso de anticonceptivos, la inseguridad ciudadana y el consumo de alcohol y tabaco. Asimismo, a dos o más de cada tres le preocupa estar nerviosas o nerviosos sin motivo aparente alguno, no poder brindar a su familia las comodidades que merecen ni poder pasar más tiempo con ella, tener un accidente automovilístico o ser asaltado o golpeado cuando anda por la calle.

En tercer lugar, postulamos que en la sociedad chilena empieza a producirse la típica diferenciación de percepciones y actitudes que la modernidad trae consigo. En efecto, los valores del grupo más joven, de 18 a 24 años de edad, se separan de los valores de las personas de 55 años o más; en algunos casos hombres y mujeres difieren entre sí en cuanto a sus valoraciones y algo semejante tiende a ocurrir con los valores de los grupos socio-económicos bajo y alto.

Permítanme ofrecer algunas ilustraciones de esas diferencias generacionales, de sexo y clase social.

Mientras un 67% de los jóvenes asiste habitualmente a centros comerciales, sólo un 25% de los mayores de edad dice hacerlo. Declaran creer mucho en los milagros un 70% de las mujeres, pero sólo un 54% de los hombres; un 73% de los más viejos contra un 46% de los jóvenes; un 70% del estrato bajo frente a menos de la mitad del estrato alto. Que los jóvenes vivan en pareja sin casarse es algo con que están "muy" o "algo" de acuerdo un 87% de los propios jóvenes pero sólo un 48% de los adultos

mayores de 55 años. Los programas de televisión en los cuales se entrevista a prostitutas y homosexuales son considerados aceptables por un 58% del estrato alto, el doble de quienes opinan así en el caso del estrato bajo; el grado de aceptación de dichos programas entre los jóvenes es casi tres veces el de los adultos de 55 años o más y es mayor también entre los hombres que las mujeres. Los desnudos en películas exhibidas en salas de cine son considerados inaceptables por un 69% de los mayores pero sólo por un 28% de los jóvenes; por un 63% del estrato bajo pero sólo por un 23% del estrato alto.

Así como hay diferenciación de valores hay también, en algunas materias, una creciente homogeneidad valórica en el sentido propio de una cultura más abierta y diversa. Por ejemplo, un 83% acepta la educación sexual en la enseñanza básica, un 80% la distribución de anticonceptivos en los hospitales públicos, un 76% el aborto cuando la vida de la madre está en peligro, un 61% la legalización del divorcio, un 60% que una mujer casada decida no tener hijos para dedicar más tiempo a su carrera y un 52% se declara muy de acuerdo con el enunciado de que *"no hay formas buenas y malas de vivir, todas son aceptables si no se daña a los demás"*.

La misma homogeneidad se observa frente a ciertas cuestiones que claramente contravienen el mínimo común ético de la gente. Por ejemplo, un 92% de la población considera que no se debe permitir el aborto por libre elección, un 88% considera inaceptable la trasmisión televisiva de películas con desnudos en horarios de audiencia infantil, un 76% estima que debería imponerse la pena de muerte al violador de una niña de 12 años.

¿Dónde nos deja todo esto? Permítanme proponer algunas conclusiones que se deducen del análisis y los datos presentados.

V

Vivimos, a mi entender, insertos culturalmente en los problemas propios de la modernidad. Ella ha llegado a nuestras ciudades con su doble cara; aquélla que muestra un horizonte más ancho de posibilidades, de pluralismo ético y valoración de la autonomía de las personas y, por el reverso, nos confronta con ese mismo mundo pero mirado por su lado hostil, amenazante, que provoca inseguridad, incertidumbre y sensaciones de malestar y angustia.¹⁴

Vivir la modernidad es, necesariamente, vivir en tensión. Vivirla en una sociedad que se halla justo al medio del camino hacia el desarrollo, con rezagos económicos y tecnológicos, pronunciadas desigualdades sociales e instituciones políticas que

¹⁴ Esta "cara fea" de la modernidad se halla ampliamente documentada para el caso chileno en PNUD, **Desarrollo humano en Chile. Las paradojas de la modernización**, PNUD, Santiago, 1998. Ver además, Lechner, Norbert, "Modernización y democratización: un dilema del desarrollo chileno", *Revista Estudios Públicos*, N° 70, otoño, 1998.

aún no son plenamente democráticas, sólo aumenta esa tensión y multiplica los sentimientos de malestar.

Al centro de todo eso, en la conciencia individual y en la ética social, los valores que guían nuestra acción y le dan sentido a nuestras relaciones se hallan ellos también, como hemos visto, en movimiento. Se han vuelto más diferenciados según género, estrato y generación. Y, al mismo tiempo, más contradictorios, reflejando esa tensión inherente a todo lo moderno.

Sólo una minoría - un 15% - piensa que la sociedad chilena posee valores "muy sólidos" y apenas un 5% cree, en el extremo opuesto, que ellos son "nada" de sólidos. Entre medio, el restante 80% de la población estima, casi por mitades iguales, que o bien son "bastante" sólidos o son "poco" sólidos, respectivamente. **Esa mayoría - y no cualquiera de los dos extremos - constituye la corriente ética principal de nuestra sociedad.** Esa mayoría del medio, que va de "bastante" a "poco" sólidos, evalúa diversos asuntos - tales como si acaso Chile es un país moderno, o democrático, o tolerante, o desarrollado o responsable - con un inconfundible gesto ambiguo.¹⁵ Y esa ambigüedad, como sabemos, puede ser tanto signo de confusión como de incertidumbre. ¡Ahí estamos!

En estas circunstancias no resulta sorprendente que Chile se vea a sí mismo como un país moderadamente conservador. De hecho, en cuanto a posiciones valóricas, cuatro de cada diez personas se definen a sí mismas como conservadoras, dos como liberales y cuatro como "no conservadores ni liberales".¹⁶ Al pasar, llamo la atención al hecho de que la gente se define casi sin excepción en ese espectro de valores, en tanto que más de la mitad de la población se niega sistemáticamente a hacerlo en cuanto a sus posiciones políticas a lo largo del espectro de derecha a izquierda.

Pero, a la luz de los antecedentes presentados, ¿estamos en verdad frente a una sociedad moderadamente conservadora? Si nos atenemos a los valores proclamados, a las maneras prácticas de vivirlos y a la diversidad ética que empieza a aflorar a la superficie social, ¿es esa definición la más adecuada y la que mejor describe el estado moral de la comunidad nacional? Me atrevo a pensar que ese calificativo - moderadamente conservadora - vale sólo para los estratos socio-económicos bajo y medio bajo, la mayoría del grupo etario de 55 años o más, un sector significativo de mujeres y segmentos de la clase alta. Por el contrario, me parece a mí que esa descripción no le acomoda a otros grupos de la sociedad; particularmente a los jóvenes, a un sector significativo de la población que ha cursado uno o más años de educación superior y a un numeroso segmento de los estratos medio y alto.

Más ajustado por tanto, pienso yo, resulta decir que **la mayoría está tratando de adaptarse - desde distintas posiciones sociales y visiones de mundo - a los desafíos propios de la modernidad;** la inseguridad, la desintegración de los antiguos

¹⁵ Cruz & Souza Consultores, *Op. cit.*

¹⁶ *Op. cit.*

lazos comunitarios, las presiones de mercado, la anomia, el miedo frente a los cambios demasiado rápidos, la sensación de desamparo, el exceso de información, la endemoniada velocidad de las noticias, la creciente secularización de los costumbres, la multiplicación de las opciones, el hecho de vivir endeudados, el desvanecimiento de las tradiciones, la amenaza de lo nuevo... En suma, somos parte, con excitación o a disgusto, de la cultura moderna; sus disyuntivas y dilemas éticos.

En ambos extremos de la corriente ética principal se ubican, en cambio, los dos polos minoritarios que esgrimen principios morales excluyentes. Para ponerlo gráficamente: aquel 7% de la población compuesto por quienes estiman que *"se debe permitir el aborto si la mujer no desea tener más hijos"* a un lado, y al otro, aquel 8% que se declara en absoluto desacuerdo con el enunciado *"si los padres se llevan mal, es mejor para los hijos que los padres se divorcien a que sigan juntos"*.¹⁷ Es una paradoja que nuestros debates sobre materias valóricas se hallen dominados frecuentemente por esas dos posiciones extremas, como si el país estuviera dividido culturalmente entre ultramontanos y liberales anárquicos.

Mas tampoco eso debería ser tomado como una señal que contradiga la proposición central de mi planteamiento; cual es, que vivimos en medio de una cultura que ha ingresado de lleno en las contradicciones dinámicas de la modernidad. Más bien, serviría para apoyar esa tesis. Pues si uno mira lo que ocurre en las sociedades desarrolladas - por ejemplo, en los Estados Unidos -, verá que también allí el debate moral de la sociedad tiende a polarizarse entre los fundamentalistas de las virtudes y los propugnadores de un liberalismo sin límites. Atrapada al medio, la mayoría moral silenciosa, igual allá que entre nosotros, busca sencillamente vivir las ambigüedades de lo moderno, hacer sentido del cambio que experimentan los valores y adaptarse a un mundo lleno de incertidumbres.

Concluyo admitiendo de buena gana que apenas he podido esbozar cómo cambian los valores en una sociedad que se halla en pleno proceso de modernización y está transformándose de tantas y tan profundas maneras. Como dice un autor que me gusta citar, los significados de la modernidad - de por sí variados y contradictorios -, son por necesidad aún "más complejos, escurridizos y paradójicos"¹⁸ en sociedades como la nuestra que apenas han empezado a recorrer el camino del desarrollo. Tendremos que completar dicho recorrido sin las antiguas seguridades; he ahí el desafío.

¹⁷ *Ibíd.*

¹⁸ Berman, Marshall, *Op. cit.*, p. 175.